

# Los Vargas de La Venta o la gitana convivencia

*A Pedro Laín Entralgo,  
buen conocedor de los Vargas.*

Hace muchos años que conocí al matrimonio Vargas. No puedo precisar la fecha en que nos presentaron porque, después de haber oído hablar tanto de ellos, pienso que les conocía desde mucho antes. Tampoco podría asegurar que aquellas hablas o habladurías no fueran el eco tardío de un más antiguo conocimiento. La cosa es que, aparte del trato médico (Juan Vargas y María Picardo aparecen fichados por primera vez en mi consulta en 1965), nos conocíamos de oídas desde tiempos algo más alejados. Después llegué a amistar muy arraigadamente con aquel gitano rubio de ojos azules y tez sonrosada, siempre muy bien peinado, y con su mujer, la bien plantada María. De esa amistad y de ese trato me beneficié yo más que ellos con mis tratamientos profesionales. Como médico fracasé con él, no pude curarle; que es el sueño de todo enfermo y el ideal de todo médico. Ni siquiera pude lograr durante los primeros períodos de mi asistencia que cumpliera con regularidad mis consejos. Tal era su personalidad que cuando en los cuidados terapéuticos se torcía, uno tenía que disculparlo. Ni yo, ni otros médicos mejores que le asistieron pudimos retenerle en este mundo. Yo, sin embargo, y éste es el fracaso, estoy aquí todavía, pero llorando su muerte. Cuando esto último sucede a un ejercitante de la medicina es porque algo más que el mero conocimiento une a las personas.

Juan Vargas no era un ventero más, sino un emperador con trono en La Venta, educador del sentido gaditano del gusto, de ahí no había que sacarle, partidario de la vida sencilla y entusiasta del buen cante y del buen baile. Tuvo una categoría humana tan avasalladora que sólo recordando sus anécdotas, como después haré, puede comprenderse quién fue. Pero cabe preguntarse adónde habría ido a parar aquella desbordante figura, si en el transfondo de su vida no hubiera estado, callada pero al quite, María Picardo, esclava satisfecha y contenta de su marido, embellecedora del trabajo, ordenadora de la cocina y vigilante del servicio a los clientes.

Una de las primeras veces que estuve en La Venta de Vargas lo hice acompañado de aquel inimitable genio de la simpatía y del saber que fue el librero Antonio Berdegué, «el gordo», y de su esposa Isabel Sosa, verdadera flor de la gaditanería. Aquel día descubrí y comenté con éstos, en el patio de La Venta, una especie de resplandor ambiental que antes no viera en otra parte, una luz muy especial que no era solamente la que alumbraba los objetos, sino otra que ilumina el espíritu penetrándolo de sentimientos extraños; una luz que no venía del sol ni de las bombillas. Era la aureola que

envolvía al matrimonio Vargas, sin cuya visión tampoco se llega a conocer bien a San Fernando.

Hice en La Venta otro descubrimiento, que fue de enorme valor educativo para mí: el flamenco en todo sus matices y recovecos. Siempre me había gustado mucho el arte hondo (más el cante que el baile), pero nunca había intuido las magnitudes profundas, es decir, la calidad y cantidad de hondura que emana de la simple vida flamenca, que en ningún otro ambiente se puede encontrar. No descubrí, pues, el flamenco de los cantaores o bailaores, sino el procedente de contemplar las dimensiones vitales que aquella pareja mostraba en sus quehaceres habituales. El cosmos de Juan Vargas estaba construido con materiales congénitos de nobleza artístico-histórica compactos, con inteligencia y sentimientos distintos de los que en la vida corriente de los españoles se cotizan. Sentado en su silla de mimbre el gitano Juan Vargas y en pie ante la puerta la paya María Picardo, con el blanco mandil puesto sobre el siempre oscuro vestido, exhalaban un no sé qué que no se ve en la sociedad. Juan era, por otra parte y además, un verdadero intelectual flamenco con una cultura general sencilla pero muy rica; una cultura senequista empapada de posos raciales. Dejó escritas más de mil letrillas de cante y varios centenares de breves romances humorísticos acerca del mundo que le circundaba; pero todo eso se lo llevó alguien el mismo día de su muerte.

Se completaban de tal manera Juan y María que cada uno de ellos prestaba al otro una aureola completamente distinta: «Silenciosa y misteriosa, iba una vez y otra vez» María, como dijo el poeta, desde la cocina al bar, desde la silla de Catalina (madre de Juan, cuya vida tanto debió a los cuidados de María) al teléfono, de un lado a otro, con la parsimoniosa y señorial manera de quien conoce el camino que pisa y el espíritu de las reglas para el cumplimiento del deber. Pues bien, hasta en esos deambuleos de María había, y hay, un ritmo de fondo insondable, tranquilo, que sólo se llega a entender desde el mirador de la trascendencia.

Juan padeció una diabetes grave que desgraciadamente no cuidó; mejor dicho que cuidó a su estilo, por lo que pronto se complicó con un infarto de miocardio y con una arteroesclerosis obstructiva de ambas piernas. Cuando su gran médico de San Fernando le explicó lo de la diabetes, volvió a La Venta reconcentrado y diciendo con acento de la baja Andalucía: «Para que digan que todo lo dulce es bueno. *Atosigáito* de azúcar me voy a morir». Y cuando desde Madrid fui a verle por primera vez con motivo del infarto y le puse tratamiento, me soltó, a pesar de la gravedad que atravesaba, estas palabras: «Don Francisco, ¿por qué me quita el vino? El alcohol se evapora enseguida. Total, el día que me entierren dirán que estoy palidito, blanco y seco; seré sólo un terrón».

Con una mezcla de temor a la enfermedad de su Juan y de comprensión hacia su tipo de vida, María preguntaba, escuchaba y pensaba. ¿Con qué medio se podría luchar contra el mal diabético sin hacer daño a la persona, al espíritu de aquel hombre que con sólo quitarle el modesto copeo podría quedar psicológicamente desquiciado? ¿No estaríamos haciendo un daño irreparable a la ancestral sabiduría gitana que la adornaba? ¿No estaríamos haciendo polvo su vida para en adelante, un adelante cuya longitud no le importaba desde que murió su madre?

Pienso que nunca un médico payo podrá entender bien las esencias intelectuales y

sentimentales de un gitano de verdad. Tendría que haber un cuerpo de médicos gitanos, que enseñara a penetrar en los seres de su raza sin atentar contra su integridad humana. Solamente ellos podrían comprender una de las frases que entonces dijo María y que me impresionó profundamente: «Don Francisco..., suprimir tantas cosas es hacerlo sufrir... ¿no es peor la *pena* que el azúcar?». Problema crucial de la antropología médica: la pena; la pena gitana, inefable.

María Picardo de Vargas me preguntó cierto día sobre las posibilidades que su marido tendría de vivir muchos años si se cuidara bien. Quería saber si merecía la pena —esa pena— de verdad. Estaba dándole algunas explicaciones ilusorias, pero al llegar Juan me puse a hablar de estadísticas de morbilidad. En aquel momento apareció el magnífico internista granadino, Dr. José Villar, con su incomparable esposa, y nos dijo que las estadísticas de morbilidad y mortalidad por diabetes, en Cádiz, durante muchos años, daban cifras altas porque los enfermos de la región no eran obedientes en la restricción del coqueo. Vargas estaba escuchando y desembuchó esta conclusión: «Miren ustedes. Yo estoy convencido de que, a la larga, aquí en la isla por lo menos, la mortalidad viene a ser la misma que en todas las partes del mundo: salimos a un muerto por persona». Con esa filosófica deducción estadística se acabó la conversación.

Juan Vargas conoció a todos los buenos cantaores contemporáneos; de joven, a Enrique el Mellizo, del que aprendió mucho. Fue muy amigo del gran Aurelio Seller, de Manolo Caracol, de Pepe Marchena, de Pericón de Cádiz, de Manolo Vargas (su primo) y más recientemente de Chano Lobato, Terremoto, el Camarón, etc. De todas esas amistades y de las femeninas del cante y el baile se valió para organizar varios años seguidos, en Cádiz, festivales flamencos a beneficio del Asilo de San José. Sin embargo, él no fue un as del cante aunque tenía mucho gusto y entendía de ello más que nadie. Cuando en la iglesia de Ntra. Sra. del Carmen de San Fernando cantó Vargas, por primera vez en España, una misa flamenca, alguien que estaba junto a él susurró: «Juan, tú has venido a cantarle a Dios, pero hoy creo que es Dios quien vino a cantarte a ti». Terminó la misa y allí mismo, en el coro, se enjuagó la garganta con una copita de fino.

De esa maravillosa ciudad que es San Fernando sólo conozco bien la calle central, que los constructores han estropeado con edificios horribles, y La Venta de Vargas; esta última, con tapadera celeste por el día y de estrellas por la noche, ha enriquecido mucho mi espíritu y mis amigos la han calificado como mi consulado, por ser el punto de cita para quienes quisieran contactar conmigo durante el mes de mi estancia en aquella provincia. He dormido muchas siestas en sus sillas plegables apoyando la cabeza en los azulejos de la pared de ese comedor pequeñito que hay a la derecha según se entra, después de satisfacer mi estómago con las tortillitas de camarones, el jamón de la Sierra de Huelva, las gambas o los langostinos, la ensalada de la casa, el lenguado de estero, el vino fino y el de Chiclana, etc. Y de alborozar al alma con el personal y con María.

Resumidamente, en La Venta de Vargas, que es la pura entraña de San Fernando, arraigó mi cuarto patriotismo. Nací en Sevilla, muchacheé en Oviedo, asenté en Madrid y, en esta zona de la provincia de Cádiz, encontré alientos para vivir once meses del año. En mi vida madrileña no pasa un mes sin que hable por teléfono con La Venta; acto escueto que me proporciona ánimo para lo que mi ser necesita.

Debo citar varias anécdotas para que se entienda lo que los Vargas fueron y lo que María Picardo es. Por ejemplo, la del teólogo, que sirvió para un bellissimo artículo de Laín Entralgo en *Gaceta Ilustrada* que recibió el premio Conde de Godó. Estábamos cenando con el matrimonio Laín y hablando del teólogo Hans Küng, cuando se acercó Juan Vargas a nuestra mesa y se preocupó al ver que nos callábamos. «¿Estorbo?». Al decirle que todo lo contrario y que estábamos metidos en teología y sospechábamos que no le interesaba el tema, replicó: «Yo tengo también mi idea modestita de lo que es un teólogo. Para mí es un señor todo vestido de negro y con gafas negras, al que meten en un cuarto oscuro donde no se ve nada, para que busque un gato negro que no está allí y a la media hora se abre la puerta y el tío sale con el gato debajo del brazo». El gato era Dios... La brillante definición metafórica entusiasmó, lógicamente, a Laín.

Cierto día me dijo: «Fíjese usted, don Francisco, con mucho disimulo, en aquel señor que está solo en la mesa de la esquina. Acaba de decirle al camarero que quiere comer bien sin que le cueste. ¿Qué le parece? Como el chico no le había entendido bien me acerqué yo a preguntarle y me soltó lo mismo. ¿Sabe usted lo que le contesté? Le dije: ¿De dónde es usted? Me contestó que de Sevilla. Yo le he dicho que lo que tiene que pedir no es comida, sino un amigo que le pague, al que debe buscar en Sevilla. Vamos a ver por donde sale a la hora de pagar porque está un poco bebido».

Estábamos otro día sentados en la acera de la casa, delante de la puerta de entrada al bar, a última hora de la tarde, cuando llegó el ganadero don Francisco Camacho contando andanzas de un matrimonio desavenido, y Juan Vargas sentenció: «Es que ustedes no han pensado nunca que el amor tiene con el matrimonio la misma relación que el vino con el vinagre; éste se hace solito, por sí sólo, con el tiempo». Alguien empezó entonces a meterse con el divorcio, que no lo resolvía todo y que a veces lo complicaba más y Juan reiteró: «Lo repetiré. Pasa lo mismo que con el vinagre. Del vinagre tiene la culpa el vino. ¿Sabe usted quién tiene la culpa del divorcio? El matrimonio. Con que a otra cosa, cásate y verás».

Me contaron que en otra ocasión, un cliente pedante o impertinente, después de haber leído con detenimiento la carta del restaurante, había pedido al camarero que le sirviera una ración de faltas de ortografía. Este quedó turbado y el cliente le dijo: «¿Por qué ponen tantas en este papel?». El chico fue y se lo contó a Juan. Con la sorna que a éste caracterizaba ordenó tranquilamente a María que preparara una sopa de letras, una vez hecha la cual, él mismo fue a llevársela y le dijo con mucha corrección: «Aquí tiene usted señor todas las letras del alfabeto para que las pegue donde hagan falta».

De la muerte nadie se salva, y después de morir la madre de Juan —por lo que éste nunca perdonó a Dios—, también Juan murió, hay que decirlo en casi santidad flamenca. Todo cuanto rodeó a su muerte tuvo acentos de tragedia y de soleá. Por eso y parodiando a los Machado podría pensarse que la Isla se quedará sola y que La Venta de Vargas podría morir con él. ¿Qué será de María?, se preguntaba la gente. Pero María salió de su anterior segundo plano y sacó adelante a La Venta. Colocó más macetas con flores, más luces y, «entre el clavel y la rosa», como diría Alberti, y el empeño de los suyos, La Venta de Vargas subió aún más en categoría y prestigio.

Todos los restaurantes tienen, como es sabido, temporadas en las que declinan. ¿Por qué La Venta de Vargas, sigue siempre en el mismo sitio y al mismo nivel? «Pasó un

día y otro día, un mes y otro mes pasó»... y La Venta continuó impávidamente por encima de las modas. La belleza puede estar en todas partes; en una escultura, en una melodía y también en el ambiente grato de una Venta sin pretensiones de sumar tenebres a la publicidad; sobre todo si junto a los cuerpos se restauran las almas con aire flamenco puro. Jean Cocteau sugirió que se crearan institutos de belleza para el alma; y eso es La Venta de Vargas; regentada por María Picardo, viuda de Vargas, que no implanta novedades: «Aquí lo de siempre, y que lo mejore el que pueda o el que sepa».

Desde los diez años, con una adolescencia pobre pero ilusionada, trabajando por necesidad imperiosa de hacerlo para vivir, y por amor hacia su marido, siempre en esclavitud voluntaria para la labor; sin horarios fijos; sin poder contemplar las mañanas brillantes de San Fernando, pero habiendo visto las balbucientes luces del amanecer cuando todavía permanecen encendidas las verdes bombillas de La Venta. Atardeceres difuminados, antes con basureros y gaviotas alrededor; noches tensas y agotadoras; albas en extenuación tras de cerrar las puertas al marcharse el último cliente y sin tiempo para repasar la cuentas del día. Ni un descanso superior al día semanal reglamentado; ni un viaje turístico de distracción, aunque el agotamiento parezca desbordar los límites de la tolerancia física. Nada ha podido sacar a María de sus casillas venteras. Su Majestad el Rey Don Juan Carlos I que Dios nos concedió a los españoles cuando estábamos a punto de traspasar el umbral del caos, ha premiado sesenta años de trabajo ininterrumpido de María Picardo con una medalla pocas veces más merecida. El patrocinador y solicitador de ese premio fue el gran periodista isleño José Onetto (que en *Cambio 16* tanto iluminó el antes oscuro panorama español); él conoce bien el peso de los méritos de María. Sin duda Onetto tuvo en cuenta al pedirlo que era también el premio a una paya que emparejó a la perfección, dolores de la vida a un lado, con un gitano de pro.

En estos últimos años el catiño de María derivó hacia unos sobrinos ejemplares, cuyas horas de reposo también se desconocen; hacia las esposas y los hijos de éstos; hacia los empleados de siempre que son la corte permanente de esta emperadora que antes fuera cautiva. Pero es un hecho diariamente comprobable que también derivó hacia la clientela amiga. Es una sensación de amor que se palpa en la atmósfera como algo difuso. ¿Por qué? Porque está sustentado sobre aquel extraño y convivencial amor gitano-payá, que alcanzó niveles de ejemplaridad social y de amistad compartida. ¡Qué fabuloso ejemplo, en estos tiempos en que persiguen a los gitanos quienes son incapaces de comprender la hondura abisal de su esencia!

Ahí está María Picardo, viuda de Vargas, la que dio testimonio de su vida de amor con un gitano que ya se fue. Una extraordinaria mujer que ha aprendido por sus propios pasos el mejor señorío: ese que proporciona el trabajo a destajo para atender a una clientela a la que me atrevo a calificar de feligresía. De aristócrata laboral es la madre de quien recibió como galardón de su larga y penosa existencia una medalla, que ella se coloca, feliz y con gallardía, encima del corazón. En su nombre de pila, María, el más santo y eufónico de la cristiandad, y en el apellido de su esposo, Vargas, se unen el eco de la madre de Jesús y el familiar más sugestivamente gitano.

**Francisco Vega Díaz**

